EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM. 14102

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

VIERNES 27 DE NOVIEMBRE DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. J. Jones*, 61, Faubourg Montmartre.

La Unión y el Fénix Español

Compañía de Seguros Reunidos

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL

43 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑÍA. Caridad 4, principal

LA JUNTA DE SANIDAD

Para mañana á las once de la misma está convocada en el Ayuntamiento la Junta municipal de Sanidad en esta reunión, que revestirá excepcional importancia, ha de tratarse un asunto de vitalísimo interés para la vida higiénica de la población.

Han dicho todos los higienistas del mundo, que las buenas condiciones de las viviendas, influyen notablemente en la salud de los que las habitan, cuando éstas, carecen de luz, de aire de ventilación, elementos indispensables para la vida, la morbilidad aumentará de modo considerable y cualquier infección que pudiera dominarse en sus comienzos, adquirirá extraordinarias proporciones por encontrar medio adecuado para desarrollarse

Los inspectores municipales de Sanidad, que tan excelentes servicios están prestando á nuestra ciudad, percatados de la exactitud de cuanto anteriormente afirmamos, han girado una minuciosa visita á todas ó casi todas las viviendas de la población encontrándose, con el asombro consiguiente que, existen más de 1.000 cuyas condiciones higiénicas son tan deficientes, qué hacen casi imposible la permanencia en ellas.

En vista de esto, han redactado un informe razonado, concienzado y lleno de doctrina científica en el cual, se proponen los medios más apropiados para subsanar dichas deficiencias,

Esto prueba, que la campaña higiénica, con grandes entusiasmos comenzada, prosigue con el mismo vigor que cuando se inició y que esos inspectores, tan combatidos antes de que entraran en funciones, trabajan con verdadero empeño, apesar de que no disfrutan retribución de ninguna especie.

Nosotros que hemos seguido paso á paso dicha campaña, que hemos alentado á los funcionarios empeñados en ella, sentimos hoy viva satisfacción al considerar que dentro de poco tiempo, podrá ser Cartagena una población higiénica, á la altura de otras que pueden y deben citarse como modelo.

Notas Alegres

Los vestidos de ahora

La respetable señora que paró el tren de sus elegancias en las modas del segundo imperio, ve entrar á su nieta moldeada en un vestido tanagra y no puede contener su espanto.

—¡Jesús!

—¿Que te pasa, abuelita?

—Nada. ¡Ese vestido, estas modas! ¡No puedo acostumbrarme!

Una atrevida postura de la joven al sentarse, redobla el espanto de la abuela.

—¡Si eso es como ir desnuda! Con estos trajes no podrán decir los hombres que se casen que fueron engañados al matrimonio, respecto á lo físico..

—Es verdad; el miriñaque y el polisón eran más graciosos y más artísticos. No hay más que ver estos retratos... ¡Cómo tenías valor para vestiros de ese modo!

—¡Calla, calla! Esos trajes tenían un aire señorial! que marcaba con sólo el modo de llevarlos, la diferencia de clases, de educación... Eran imposibles las falsificaciones... Pero ¡con estos! El aire «cocotte» predomina. ¡Cualquiera distingue á una señorita de... las que no lo son! Esos trajes lo nivelan todo.

—No lo creas,— responde la joven dándose unos golpecitos en las caderas.

—Y ¡eso de haber suprimido la ropa interior, para abultar lo menos posible! Eso ni es decente ni puede ser sano...

—¿Sientes la nostalgia del refajo, abuelita?...

—¡No cruces las piernas de ese modo! ¡Jesús, Jesús! Pero ¿no te ves en el espejo?

—No veo nada de particular. Tú me has contado que muchas veces se os levantaba el miriñaque al ir á sentaros y dábais un espectáculo... El abuelito contaba con mucha gracia que tía Vicenta en un baile de Palacio... Gracias á que el abuelito era general, hablaba en un grupo cerca con sus ayudantes y muchos oficiales y mandó formar el cuadro, mientras se reparaba el despecfecto..

—No se vió nada. Y sin embargo, á tu pobre tía le costó una enfermedad. ¡No quiso pensar si con un traje de estos os ocurriera algo en la calle

—Pues nada abuelita. Lo que sorprende lo improviso...

—¡Pues eso es lo que debiérais tener en cuenta para no aceptar esa moda... ¡Lo improviso! Eso es el secreto de la felicidad y del amor, por lo tanto. ¡Cómo habéis de inspirar amor si dejáis de inspirar curiosidad.

—Queda el reino esperitual, abuelita... En ese terreno todavía impera el miriñaque... No hay vestido tanagra que moldee el corazón como el cuerpo de las mugeres... Ahora, siquiera, no engañamos en cuestión de forma...

—No, de seguro... ¡Jesús, Jesús! ¡Si eso es como ir desnudas!

JACINTO BENAVENTE

Para EL ECO DE CARTAGENA

CRONICA

El pícaro mundo.

Es incuestionable, está fuera de toda duda, que cuanto nace, por ley inflexible ha de morir.

Así sucede que el pobre, el rico, el sabio, el ignorante, cuando están agenos á todo dolor y ni aun en sueños han presentido un trágico fin, se encuentran entre las garras de la muerte.

Antes de seguir adelante voy á decir á mis lectores, que esto no es un artículo macabro, aunque lo parezca, que estas líneas no están escritas para hacer llorar, ni para que incurra nádie en puerilidades que rechazo con todas las energías de mi alma. A mí no me asusta la muerte. La muerte es el descanso, el término de una serie de trabajos miserias é iniquidades para los cuales la vida no merece ser vivida.

Cuando paso junto á un semejante mío que es conducido á esa morada última que nos está reservada á los que hemos tenido la desgracia de nacer, elevo una oración por el alma del finado y en lugar de exclamar como otros: ¡pobrecillo! ¡qué desgracia! y otras por el estilo, yo pienso: ¡dichoso él! ¡ha descansado! ¡para él la lucha ya ha terminado.

De modo, que, no escribo para lamentarme de la muerte, ni para hacer un relato patético que contraiga los corazones, no señor creo que queda suficientemente demostrado que no es esto lo que pretendo.

Empecé por decir que todos mueren, ó mejor dicho, moriremos, para evidenciar una vez más lo que es puramente axiomático, y para venir á deducir la consecuencia de que así cómo á pesar de los pesares á fin de cuentos todos hemos de volver al seno de la madre tierra, tengo yo una vecina, digo, no, tenía que hace cuarenta y ocho horas dejó de existir.

Este hecho naturalísimo, es el que me ha impulsado a coger la pluma ¿querrán ustedes saber por qué? Voy á explicarlo:

Si natural es que se muera la vecina de cualquiera, bien sea de grippe, tifoideas, pulmonía ú otra enfermedad, ya no es tan natural lo que pueda suceder ó suceda á raíz del fallecimiento.

Lo ocurrido con la muerte de mi vecina es muy gracioso. Era una mujer de esas que caen en una calle sin saber por qué, aunque después se vea muy claro que no fue para otra cosa que para alborotar á la vecindad. No había escándalo en la calle que no fuese producido por la dichosa vecina, ni chismorreo de comadres donde ella faltara, dando suelta á su lengua de la que nadie estaba libre; lo mismo levantaba un falso testimonio á una mujer soltera que á una casada; su emponzoñada tracología no respetaba edad, sexo ni condición; y si es tocante á desvergüenza, ni con la linterna de Diógenes se podía encontrar quien le igualase. A mayor abundamiento hacía lo mismo á pelo que á lana, quiero decir, que era lo mismo para un fregado que para un barrido, y cuantas personas del barrio tuvieron que hacer uso de confidencias espionajes y malas artes, guardando el incógnito, se valieron de ella pagando sus «buenos» servicios con una limosna. Tal era las condiciones de mi vecina

Al saber su fallecimiento visité la casa mortuoria. Allí se habían congregado todos los vecinos; los que más se lamentaban del triste fin de aquella mujer, eran precisamente los que se vieron más castigados por su lengua viperina y por sus malas artes.

Ante el cadáver todo se volvía lamentaciones, y aún hubo persona que derramó copiosas lágrimas. ¡Oh, fragilidad de las almas sensibles!

Llegado el momento de conducir el cuerpo inanimado á su última morada se acentuaron hasta tal punto las manifestaciones de dolor, que yo, á pesar de que todo aquello me afectaba muy poco, estuve á punto de tomar parte en el sentimiento unánime de la vecindad. ¡Pobrecita, no era tan mala como decían! —exclamaban unos.—Sobre todo se tenía en estima, porque prestaba muy buenos servicios—decían otros. Y á este tenor cada cual prodigaba á la muerta su correspondiente frase laudatoria.

Confieso que no soy nada filósofo, pero la escena á que asistía me sedó de rondón en el intrincado laberinto de las meditaciones. ¡Qué chocante resultaba oir expresarse de aquella manera á los que pocos días antes llenaban de oprobios á la infeliz mujer, llamándola bruja, hechicera, endemoniada, escandalosa y otros epitetos que no menciono por respeto á los principios de la moral. Y es, que aquellos seres que hacían el duelo no obraban con arreglo á sus sentimientos. Aquellas gentes no eran ni más ni menos que víctimas de los grandes errores que gravitan totalmente sobre la sociedad. Lo mismo que creyeron obrar bien cuando llenaban de improperios á la vecina, al verle muerta, dabánse por satisfechos, (no sé si por descargar la conciencia ó por seguir la costumbre) prodigándole unas palabras de lisonja y de conmiseración.

¿Eran estos los procedimientos que debieran usar con la pobre muerta? No. A mi juicio la conmiseración hacia la misma debió usarse cuando vivía, y, una vez muerta, tan sólo necesitaba de las oraciones y no de las alabanzas.

Y es que el mundo está así y apesar de todos los filósofos y todos los regeneradores, mucho me temo que no tenga enmienda.

E. SASTRE MORENO

LA "GACETA"

La «Gaceta» de hoy contiene las siguientes disposiciones de interés general:

Ampliando el plazo hasto el 31 de Diciembre para solicitar derecho á usar la medalla creada con objeto de conmemorar los sitios de Zaragoza.

Redactando nuevamente el artículo 72 del reglamento de Sanidad.

Aplazando hasta el 7 de Diciembre la reunión para tratar de la reforma de la contribución industrial.

Con el agua al cuello

Así ha estado el vecindario de Cartagena y de su campo, durante las primeras horas de la mañana de hoy. A las seis comenzó á caer una lluvia verdaderamente torrencial, siguiendo el fuerte aguacero hasta las nueve próximamente.

Las calles, casi en su totalidad se convirtieron en verdaderos torrentes, arrastrando la corriente de las aguas piedras de bastante volumen que venían rodando desde las calles altas.

La puerta de Murcia quedó convertida en una inmensa laguna, impidiendo el paso no solamente de los transeuntes, sino hasta de los carruajes.

Los coches del tranvía eléctrico, en vista de estar obstruidas las vías por piedras y escombros, suspendieron la circulación.

Uno de estos vehículos quedó en

que vamos á comernos un pastel de ternera y á beber una botella de vino blanco para romper la monotonía de la existencia

Subió, pués, los parapetos y dió una vuelta á la ciudad á ver si encontraba á Haam y Schoultz; pero no los vió por las calles y supuso que deberían encontrarse jugando alguna partida de bolos en el «Cesto de Flores», casa del compadre Baumgartes, á orillas del Lesser. Con esta idea avanzó Fritz hasta la puerta de Hildebrandt, y mirando hacia la explosa, vió á medio tiro de cañon algunas figuras amigas entre los sauces

Bajó el talud muy gozoso, y emprendió la marcha por el sendero del río. Al cabo de un cuarto de hora oía distintamente las risotadas de Haam y la voz fuerte de Schoultz que gritaba:—¡Dios! ¡qué mala suerte!

Asomándose un poco, descubrió delante de la casita, cuyo tejado descendía hasta dos ó tres pies del suelo del huerto, y que tenía la fachada tapizada por un emparrado, á sus dos compañeros en mangas de camisa; con las chaquetas tiradas por la hierba, y á otros dos, el secretario de la alcaldía y el profesor Spock. El primero, el Sr. Hitzig, había colgado su peluca del bastón, clavando este en tierra. Los cuatro se disponían á desarrollar los birlas que se encontraban al fin de la pared de la casa. El gran Haam estaba con la bola bajo la ma-

XIV

Kobus debió arrepentirse al día siguiente de su imprudente petorácion en la cervecería del «Gran-Cerf». Debía estar desesperado, porque poco días antes habiendo notado qué el vino le soltaba la lengua y que hacía traición á los pensamientos más recónditos de su alma, decía para sí: «La viña es una planta de Gomorra; sus cepas están llenas de hiel y sus granos son amargos; no bebas más el jugo de la vid».

Estos eran sus propósitos, pero Dios, que dispone del corazón humano como mejor le place, vuelve lo de arriba abajo Por eso Fritz, al despertarse, ni siquiera pensó en lo que había pasado en la cervecería.

Su primer pensamiento fue que Suzel le agrada-